

## EL JARDÍN DE ARRIBA Y EL JARDÍN DE ABAJO LA CONFIGURACIÓN DE LOS JARDINES URBANOS EN EL PUEBLO TONGOY

### THE GARDEN ABOVE AND THE GARDEN BELOW: THE CONFIGURATION OF URBAN GARDENS IN THE VILLAGE OF TONGOY

Vicente Pérez

#### RESUMEN

El presente artículo analiza los jardines urbanos de Tongoy como espacios de habitar en los que se articulan necesidades estéticas y pragmáticas, revelando dimensiones del contexto socioeconómico y de las prácticas cotidianas de sus habitantes. Específicamente, las prácticas de ornamentación y jardinería en estos espacios verdes, a través del uso de materiales residuales, materializan imaginarios costeros y se articulan con discursos de cuidado ambiental. Sin embargo, estas prácticas también producen tensiones en torno a otras discusiones, tales como la construcción de dinámicas comunitarias, las desigualdades socioeconómicas y la sostenibilidad, configurando un dilema socio hídrico donde coexisten formas de uso incorporadas y otras tensionadas por discursos de cuidado ambiental.

Palabras claves: Jardines, cuidados, reciclaje, urbano.

#### RELATO ETNOGRÁFICO

Tongoy, en tanto balneario costero, evocaba en mí memorias familiares cargadas de nostalgia, reforzadas por su cercanía a mi lugar de procedencia, Coquimbo, situado a solo unos kilómetros de distancia. Nuestra reciente estancia en el camping marcaría este espacio como un lugar de retorno al caer el atardecer. Asimismo, fue allí donde comenzaron a surgir insistentemente cuestionamientos en torno a la formulación de mi tópico de estudio: ¿qué puedo observar en este puerto donde no hay tanta presencia urbana? Frente a esta pregunta, e incentivado por la posibilidad de dirigirse hacia el humedal ubicado al sur del camping, definí como mi objetivo inicial observar cualquier fenómeno relacionado con las plantas. Era una posibilidad factible enfocarme en la vegetación semidesértica propia de la costa.

Sin embargo, esta idea no despertaba en mí un encanto significativo, por lo que resultaba necesario recorrer el humedal antes de decidir si concentrar mi observación con este o en los jardines del pueblo. Después de unos veinte minutos de caminata grupal desde el camping, definimos el recorrido hacia la marisma. En este lugar fue posible presenciar el paisaje despejado, semiacuático y semidesértico del humedal

*Salinas Chicas*, saturado por un gran caudal que recorría desde el humedal hasta la desembocadura de la playa. A pesar de la diversidad de especies endémicas, acuáticas, aviarias, anfibias y vegetales presentes -como renacuajos, patos, taguas, junquillos, flores y gaviotas- el espacio no lograba captar plenamente mi atención, por más que lo intentara. Esta dificultad no remitía a la ausencia de elementos naturales para observar, sino a la imposibilidad de definir allí un foco de interés que me permitiera definir un objeto de estudio etnográfico.

Mi interés comenzó a desplazarse hacia el cartelismo presente en el humedal, el cual intenté interpretar como una especie de un jardín de mayor escala, o bien como una intervención humana orientada al cuidado de este espacio entendido como refugio. Sin embargo, me retiré con una sensación de insatisfacción, acompañada de la expectativa de poder identificar con mayor claridad mi objeto de estudio al día siguiente. La jornada del lunes concluyó con una reunión en torno a la fogata del camping, donde me recomendaron detenerme a observar un antejardín en específico, ubicado en las cercanías de la iglesia, lo que se configuró entonces como mi próximo objetivo de exploración.

Página 34

Al día siguiente, inicié mi recorrido por las calles residenciales de Tongoy, con la intención de observar y fotografiar todo jardín que se encontrara a mi paso. A partir de este registro, mi plan consistía en identificar aquellos jardines urbanos que despertaban mi interés, con miras a establecer posteriormente conversaciones con sus propietarios. Sin embargo, esta planificación original dio un giro radical cuando me encontré, casi de inmediato, con el jardín que me había mencionado alguien del camping el día anterior.

Se trataba de una casa de dos pisos que se desplegaba entre la calle en la que me encontraba y el espacio libre de la vía posterior. En la parte trasera, se extendía otra cabaña de menor tamaño, cuyo balcón se conectaba con el resto de la casa. El conjunto presentaba un carácter rudimentario en su confección: los recorridos interiores aparecían bifurcados y conectados entre sí, evocando una estructura similar a una casa-árbol.

Tuve la fortuna de encontrarme con el dueño de la casa, quien se encontraba limpiando su jardín, un hombre adulto mayor, quien había creado la totalidad de la ornamentación y decoración que estaba observando. Entre estas destacaban unos maceteros con diseños singulares, como un cajón que, cumpliendo la función de macetero y sostenido por una palmera, tenía la particularidad de llevar colgados unos pantalones de tela y zapatillas (Figura 1). Eran plantas vestidas con ropa para humanos. Su diseño le otorgaba un carácter caricaturesco, generando la impresión que, en cualquier momento, podrían desprenderse del tronco y salir corriendo.



Figura 1: Cajonera “vestida” con pantalones y zapatillas. Contiene suculentas [*Crassulaceae*] y otras especies no identificadas. Fuente: Elaboración propia.

Su dueño comentó que los pantalones y zapatillas correspondían a prendas que él había dejado de utilizar o que su familia había descartado, las cuales rellenaba con restos de otras prendas o con paja. Esta simpática característica, cargada de creatividad y humor, constituía un adorno más dentro del excéntrico jardín del caballero. En la fachada del jardín, por ejemplo, se exhibían cajones de madera a la venta, contruidos con siluetas de gallinas y cisnes. Asimismo, una diversidad de botellas plásticas se disponía horizontalmente y eran reutilizadas como maceteros, colgadas unidas por un hilo para albergar hiedras, montes y suculentas. A esto se sumaba la presencia de geranios - plantas que se encontraba frecuentemente en los jardines urbanos de Tongoy-, los cuales cubrían la reja exterior de la propiedad. Por su parte, margaritas, pencas, malvones, rayitos de sol y palmeras ocupaban el espacio que daba a la calle, configurando en conjunto un jardín polícromo y visualmente atractivo.

A pesar de entablar una conversación con el caballero, en ningún momento me dijo su nombre. Ya fuese por mi presentación nerviosa o por una posible reticencia por parte de los propietarios, la interacción derivó en una situación incómoda y a la ausencia de rapport, lo cual culminó con su ingreso a la vivienda sin que volviera a salir. Esta experiencia me generó muchas dudas: ¿hacia dónde debería dirigir mi observación ahora? Había encontrado un jardín que reunía las condiciones para constituirse como un objeto de estudio etnográfico pertinente, pero había perdido el vínculo con el dueño. ¿Debía seguir buscando otros jardines o regresar al humedal? La inconsistencia de mis decisiones y observaciones me llevó finalmente a ceñirme a mi temática original y a continuar recorriendo Tongoy en búsqueda de más jardines, lo que motivó mi

desplazamiento hacia sectores poblacionales con el fin de observar posibles variaciones en las formas de habitar de los habitantes.

A media tarde del martes 5, transité por las amplias calles del centro y los barrios aledaños. Los frondosos y excéntricos jardines observados en las viviendas en la península principal dieron paso a viviendas más pequeñas y sencillas, que carecían casi por completo de jardines, o presentaban una vegetación mínima. En estos espacios se repetían lo que podemos definir como dos tipos de jardines urbanos: antejardines cotidianos delimitados por una reja frontal, y con presencia de pocas plantas y semi-antejardines ubicados a un costado o en las esquinas de las viviendas. Estos últimos ocupaban únicamente una franja reducida del pavimento y la fachada de las casas, albergando no más de dos o tres especies vegetales.

Uno de estos jardines llamó particularmente mi atención por su arquitectura rústica e improvisada. Se trataba de una estructura cuadrangular de madera, pintado del mismo amarillo de la casa y ubicada al fondo del espacio del espacio que separaba la casa de su vecina. En su interior albergaba geranios rosas y unas hiedras que trepaban por la parte superior de la estructura. La distribución rudimentaria y aparentemente desordenada resultaba llamativa, en tanto contrastaba con los amplios jardines, y cuidadosamente diseñados, observados anteriormente.

Página 36

Prontamente, ubiqué otro jardín que captó fuertemente mi interés. Este se ubicaba en la esquina de una vivienda y estaba delimitado por pequeñas cercas metálicas, con cerámica utilizada como recubrimiento. El parapeto cumplía la función de antejardín, a pesar de que ocupaba un espacio reducido y sin una delimitación clara con la vereda. El conjunto parecía estar descuidado y relativamente seco, con vegetación desordenada o dispersa; también presentaba malezas, pasto irregular y rejas oxidadas, destacando únicamente una palmera ubicada en el centro (Figura 2).



Figura 2: Jardines urbanos en la zona central de Tongoy. A la derecha, jardín con hiedra verde (*Hedera helix*) y geranios rosados (*Pelargonium zonale*); a la izquierda, jardín de pequeñas proporciones ubicado en la esquina de una vivienda. Fuente: Elaboración propia.

El orden visual de ambos jardines me abrió la posibilidad de pensar y reconocer otros medios y dimensiones que no había considerado previamente. Este ruido visual de lo desordenado, descuidado y herrumbroso se oponía a la exuberancia y extravagancia cromática del resto de los jardines observador. En estos casos, no se presentaba la idea de “jardín” como yo la visualizaba inicialmente, sino más bien una amalgama de diferentes diseños, ideas y arquitecturas que se transforman y adaptaban para permitir la germinación de distintos tipos de plantas y espacios.

Posteriormente, mi camino me llevó a una plaza cercana a la costanera. La Plaza Barnes conformaba un espacio triangular que articulaba el liceo de Tongoy, la población y la franja costera. Sus elementos decorativos y ornamentos se presentaban de manera sutil a primera vista. Sin embargo, fue solo al sentarme que pude observar las decoraciones y la distribución de las plantas en la plaza. Precisamente, emergieron allí distintos ingredientes que había estado buscando con anterioridad: una serie de artesanías confeccionadas con elementos comunes y, a la vez, poco convencionales, cercano a lo que podría considerarse como basura. En el espacio reposaban rayitos de sol plantados directamente en el piso o en neumáticos rellenos de tierra, mientras un triciclo oxidado, de amarillo canario desgastado por el paso del tiempo, sostenía junquillos secos y otros rayitos de sol deshidratados.

Página 37

En el transcurso de mi contemplación de la plaza, me percaté de una silla metálica de diseño antiguo y curvilíneo, que sostenía un cubo oxidado del cual brotaba un geranio invadido por pasto, que parecía ahogar a la planta principal. Me acerqué a tocar ambos objetos, percibiendo la adherencia y la plasticidad árida de la pintura del triciclo, sobre la cual reposaban plantas ásperas, rugosas y secas (Figura 3). En otro sector de la plaza, la corrosión del balde de color hueso se manifestaba como un desgaste evidente: la herrumbre se transfería a las yemas de mis dedos y produce un ruido hueco al contacto, lo que evocaba una sensación de vacío en el objeto y en el geranio que sostenía sobre sí.



Figura 3: Triciclo de color amarillo ubicado al sector poniente de la Plaza Barnes. Fuente: Elaboración propia.

Abandoné la plaza y continué con mi trayecto hasta que, al costado del camino y orientada hacia el mar, me encontré con una lancha pesquera dispuesta fuera de su uso habitual. Tras cruzar el parque Dolores Endeiza, se encontraba una pequeña explanada que albergaba una gruta con la figura de la Virgen de Andacollo, ornamentada con motivos navideños: una estrella y luces de navidad. A su lado se ubicaba una embarcación, convertida en jardinera, que sostenía en su interior múltiples plantas y flores de todo tipo dispuestas entre sus asientos.

Rayitos de sol de sol, suculentas, margaritas, cactus y otras plantas -que no supe identificar- pintaban la superficie del barco de múltiples tonos de colores (Figura 4). El olor a arena y mar contribuía a configurar una estética singular en esta gran estructura que ahora funcionaba como un contenedor vegetal. La ausencia de una patente o nombre identificatorio en ella me llevó a pensar que la embarcación había sido destinada deliberadamente a este nuevo uso, o bien que su matrícula había sido borrada en función de su rol actual. Su disposición evocaba una estética propia del borde costero, remitiendo a observaciones previas, como el uso de boyas marinas convertidas también en maceteros al interior de algunos jardines del sector.



Figura 4: Lancha pesquera ubicada frente al parque Dolores Endeiza. Fuente: Elaboración propia.

La jornada de ese día concluyó con una visita breve a la Casa de la Cultura de la municipalidad, donde seguí registrando decoraciones y las plantas del jardín exterior, con la intención de retornar al día siguiente a profundizar en su observación.

La mañana del miércoles, mi propósito de recorrer la península en búsqueda de otros jardines seguía en pie. Subí por unas amplias escaleras de color blanco que me llevaron

a un sector cercano al visitado el día anterior. En el trayecto me encontré con un jardín particularmente sobresaliente, dispuesto en un espacio reducido donde convivían geranios, buganvillas, margaritas, malvas rosas, papiros, cactáceas, entre otras. Sin embargo, la casa parecía estar deshabitada. Un poco más adelante, otra vivienda -sin rejas ni muros-, contenía animales de campo que delataban su presencia con el ruido que generaban. Su jardín, densamente poblado de vegetación, destacaba por la presencia de grandes malvones que se extendían desde el nivel de la calle, junto a árboles frondosos y enormes cactus que adornaban el costado de la propiedad. Esta lógica se repetía en otras casas del sector, con jardines amplios, bien cuidados y muy coloridos. La presencia de esta vegetación contrastaba con la ausencia de habitantes, evidenciada en ventanas selladas y en una atmósfera silenciosa y de abandono.

Al llegar a una plaza en la subida de la iglesia, me recibió un espacio público colorido, rodeado de árboles frondosos y delimitado con piedras pintadas de tonos celestes y rojizos. En el centro destacaba un memorial de la Sociedad Amigos del Árbol, acompañado de un mensaje de inspiración espiritual y ambiental que invitaba a contemplar la naturaleza: “Inclínate viajero y suspende tu voz para oír en los árboles la palabra de Dios”. El carácter fresco y húmedo del espacio, lo diferenciaba de las plazas visitadas el día anterior, sugiriendo la existencia de un trabajo impulsado por la propia vecindad más que una intervención gestionada por la municipalidad.

Una piedra semi cóncava, de gran tamaño y llena de agua, llamó mi atención, tanto por su forma como tamaño. Desde allí, continué mi camino, observando otros jardines que parecían prolongar una misma estética entre las casas y el paisaje natural de Tongoy: un ambiente seco, pero profusamente decorado que resaltaba su estética costera. Muchas de las viviendas no evidenciaban presencia humana -autos, personas o animales- que confirmaran una ocupación permanente de los hogares. En cierto modo esta estética del jardín de estos barrios se percibía simultáneamente abandonada y cuidadosamente decorada.

Desde una posición especulativa, me pregunté si los propietarios de estas casas habrían contratado a terceros para cuidar las plantas de manera semanal, dado que era intrigante el nivel de mantención de los jardines. En las fachadas y antejardines, plantas de gran tamaño y boscosas extendían sus hojas en múltiples direcciones, mientras árboles poblados de mariposas y polen aportaban vida al entorno. No obstante, se hacía evidente un contraste marcado: mientras algunas plantas lucían deshidratadas y huecas, otras se mostraban exuberantes y frondosas. Pese a estas diferencias, todas compartían una presencia vegetal dominante tanto en las calles como en las propiedades, destacando especialmente especies recurrentes como palmeras, geranios y cactáceas.

Al notar que mi batería se estaba agotando, opté por dirigirme a la Casa de la Cultura, donde me encontré con una mujer que se encontraba regando el jardín del sitio. Su nombre era Magda, tal como indicaba su placa de identificación. Residente en Tongoy desde hacía más de veinte años, era oriunda de Osorno, en el sur de Chile. Magda se quedó conversando conmigo mientras realizaba tareas de aseo y administración

vinculadas a las actividades programadas por el centro. La ayudé a contabilizar las sillas de la sala de eventos, cuyas paredes estaban decoradas con pinturas realizadas con una técnica de puntillismo de gran prolijidad.

Posteriormente, conversamos sobre las plantas del jardín en el que nos encontrábamos, destacándole aquellas que había llamado mi atención el día anterior. Entre ellas, las botellas de plástico que cuelgan de los árboles (Figura 5). Respecto a estas, Magda destacó que eran “cosas que hicieron los niños del Liceo de Tongoy hace mucho rato ya, y las vinieron a dejar acá para una actividad medioambiental”. De igual forma, me explicó el origen de unos cajones dispuestas en la silueta de un camión de juguete pintado de verde, que parecía remolcar flores rosadas: se trataba de una iniciativa realizada por una vecina del sector, quien la donó al centro cultural.

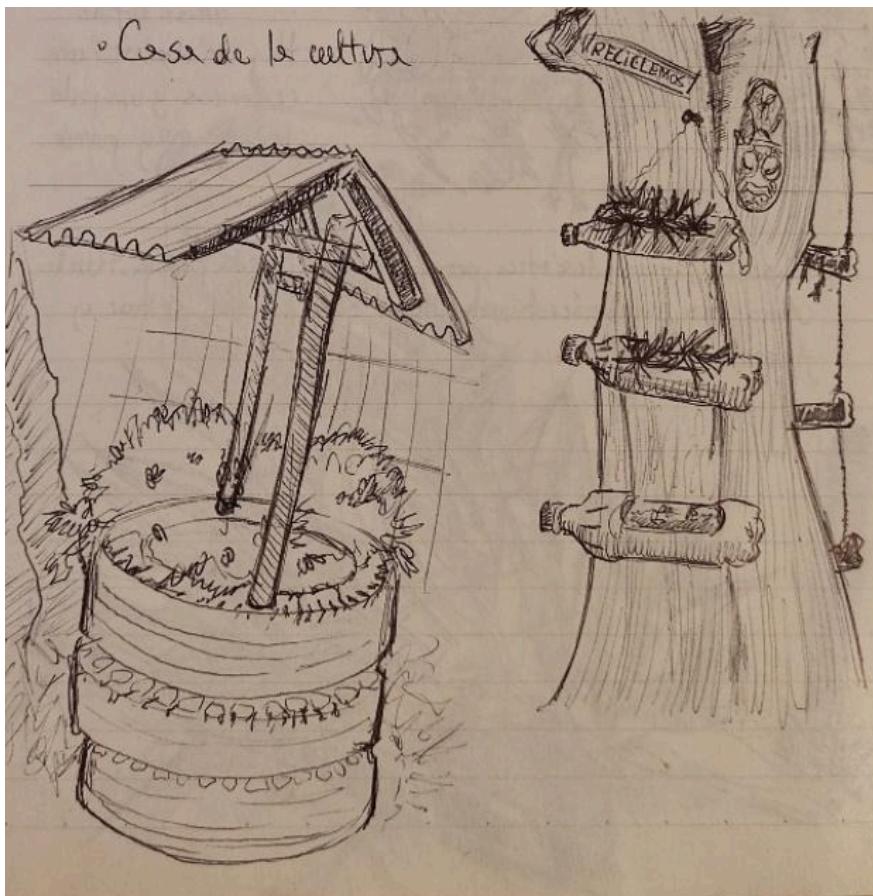


Figura 5: Dibujos del jardín principal de la Casa de la Cultura. Fuente: Elaboración propia.

A lo largo del jardín, una fila de botellas plásticas delimitaba el camino, funcionando como maceteros para suculentas y distintas variedades de cactáceas. Al fondo del espacio, tres plantas reposaban sobre un mueble desarmado, apoyado en una reja perimetral. Según explicó Magda, se trataban de “una repisa que dejamos botá”, abandonada temporalmente, pero que ahora funcionaba como soporte de distintas especies vegetales. Más botellas plásticas rellenas de tierra se disponían en hilera para

cumplir la función de cerco, mientras diversos muebles y cajones reutilizados se distribuían en los alrededores, sosteniendo nuevas plantas y ampliando el jardín mediante soluciones improvisadas o espontáneas.

Posteriormente, la señora Magda me condujo hacia la cancha ubicada en la parte posterior del recinto, mostrándome unas plantas que se disponían en el sector. A lo largo de la orilla de esta cancha, se extendieron filas de cajoneras con una variedad de especies vegetales, las cuales desembocaban en un pasillo que conducía a la bodega. Los cajones del jardín se complementaban con maceteros improvisados hechos de botellas de jugo, bebida, detergente e, incluso, boyas marinas cortadas a la mitad.

Durante el recorrido, la señora Magda compartió su entusiasmo por vestir a las plantas con textiles que ella misma tejía cuando tenía tiempo. También me explicó que, en algunas regiones de Chile, se colocan abrigos de lana a los árboles, una práctica que describió como fascinante. Esto me recordó la planta con pantalones, llevándome a pensar en una posible relación afectiva y decorativa entre las personas y sus plantas, que trascienden su cuidado personal.

Página 41

Con un evidente orgullo, Magda me mostró su colección de especies, que incluía margaritas, viola tricolor -o pensamientos-, geranios, hiedras, rayitos de sol, suculentas, aloe vera, lenguas de la suegra, pencas, cactus pita y la llamativa cola de lagarto, una planta de textura rugosa que posteriormente quiso regalarme. Asimismo, me habló de la rosa del alabastro, también conocida como rosa verde, una suculenta de gran tamaño que, debido a su rápido crecimiento, requiere ser trasplantada con frecuencia.

Los movimientos de Magda al mostrarme el jardín eran pausados y cuidadosos: tocaba las hojas y tallos para evaluar su estado, se detenía a observarlas con atención y se dirigía a ellas con expresiones como “ya, tái bien tu” o bien me indicaba cuales estaban listas para soltar hijos, es decir, esquejes. Esta forma de interacción me recordó a mi vecina Nilsa, quien solía mostrarme las plantas de su balcón. En el caso de Magdalena, ella lleva esta práctica cotidiana tanto en su casa como en su trabajo en la Casa de la Cultura.

Finalmente, llegamos al pasillo trasero, donde predominaban los maceteros caseros elaborados con bidones de cloro, botellas de bebida y otros materiales reciclados. Magda me explicó que estos recipientes funcionaban principalmente como incubadoras o macetas iniciales, utilizadas cuando las plantas aún son pequeñas y están germinando. Eventualmente, debían ser cambiadas, ya que las raíces crecían de forma excesiva, y el recipiente no podía contener suficiente tierra para asegurar un correcto crecimiento de la planta. Para enseñarme cómo luciría esto, Magda desarma una botella-macetero y me muestra su interior: las raíces de la planta saturan el espacio, dejando poco espacio con tierra. Tras esto, me encargó dirigirme a un bazar ubicado en el centro del pueblo, comprar un macetero -el cual tenía un valor de \$500 aproximadamente- y entregárselo a ella la mañana siguiente.

A las 19:00 horas, el día llegaba a su fin mientras buscaba el macetero que necesitaba, pero lamentablemente no pude encontrar uno en venta. La dueña del bazar -que me había recomendado Magda- me explicó que no recibirían maceteros nuevos hasta la otra semana, por lo que mi única opción era comprarlo en la feria el viernes. Sin embargo, ese mismo día teníamos planificado volver hacia Santiago.

Iniciamos la mañana del jueves con una actividad de reflexión con el curso, en torno a nuestras observaciones. Debíamos escoger tres conceptos relacionados con nuestro tema, con el objetivo de escribir una plana a partir de nuestro cuaderno de campo. Cerca de las 11 de la mañana, me tuve que retirar para dirigirme a la Casa de la Cultura para dejar un macetero improvisado: un envase plástico de bidón de agua de 500ml, cortado a la mitad y perforado en la base con un cuchillo. Me dirigí al pueblo y entregué la botella-macetero a la señora Magda, quien se encontraba regando las plantas de la plaza de al frente. Ella me indicó que la planta que me regaló se encontraba en la entrada de la casa de la cultura. Tras agradecerle el regalo, le pregunté si podía realizarle una entrevista, solicitud que rechazó debido a que ese día se encontraba extremadamente ocupada con su trabajo. Me indicó dónde se encontraba la planta que me habían regalado: se trataba, efectivamente, de una cola de lagarto, pues tenía forma y textura del apéndice de un reptil.

Página 42

A la una de la tarde salí nuevamente a explorar más jardines desde la plaza principal. Subí por una escalera que conectaba la calle principal con una zona más elevada de alta, la cual no había recorrido anteriormente. Allí encontré una pequeña plaza-mirador con una gran bandera chilena, rodeada de algarrobos jóvenes, bancas de madera, flores distribuidas de manera desigual y delimitaciones hechas con piedras blancas. Detrás se alzaba una casa aparentemente abandonada, con algunas plantas secas que le otorgaban un carácter lúgubre. Continué recorriendo calles nuevas, encontrando elementos visualmente interesantes: un poste de madera decorado como casa para pájaros, con motivos vegetales y maceteros colgantes; amplios antejardines poblados de cactáceas y palmeras; suculentas de gran tamaño y aloe vera adornando pequeños espacios delimitados con piedras. Seguí explorando hasta llegar al cerro de la Virgen; fue al llegar que caí en la cuenta de que la batería de mi celular estaba por agotarse.

Decidí continuar recorriendo la península sin mi celular, esta vez bordeándola por la calle en lugar de atravesar los cerros. Pasé por una calle flanqueada de cañas verdes y una casona cuyos geranios alcanzaban hasta el segundo piso. Avancé por pasillos delimitados por cañas de diferentes tamaños, rodeada por rocas de gran envergadura. Más adelante, me encontré con una casa que vendía suculentas; la curiosidad y sorpresa me llevaron a acercarme y tocar la reja, pero el lugar estaba cerrado y nadie respondía a mis llamados.

De manera arbitraria, decidí cambiar mi camino, dirigiéndome cerro arriba en lugar de continuar al frente. Esta decisión me condujo inesperadamente al encuentro con un hombre y una señora que conversaban en un idioma que me parecía ininteligible, mientras regaban y trabajaban en un espacio que, más que una plaza plana, se

desplegaba como una bajada en diagonal. Intensamente intervenida por la mano humana, el lugar se encontraba bien mantenido, ordenada y decorada: una pendiente cubierta recubierta de piedras pequeñas y rocas de colores rojo y blanco, con árboles profusamente ornamentados, dispuesta de tal manera que ofrecía un espectáculo para quien la visitara.

Me acerqué primero al hombre para preguntarle por la obra, pero él solo hablaba inglés. Su acompañante -que hablaba español- interrumpió la conversación para preguntarme por mis intenciones en el lugar, lo que dio inicio a una breve charla. La acompañante se llamaba Lucy, provenía de Suecia junto a su familia y se encargaba de regar y mantener la plaza David León, un espacio creado hace muchos años, pero transformado e intervenido principalmente por ella y sus vecinos (Figura 6).

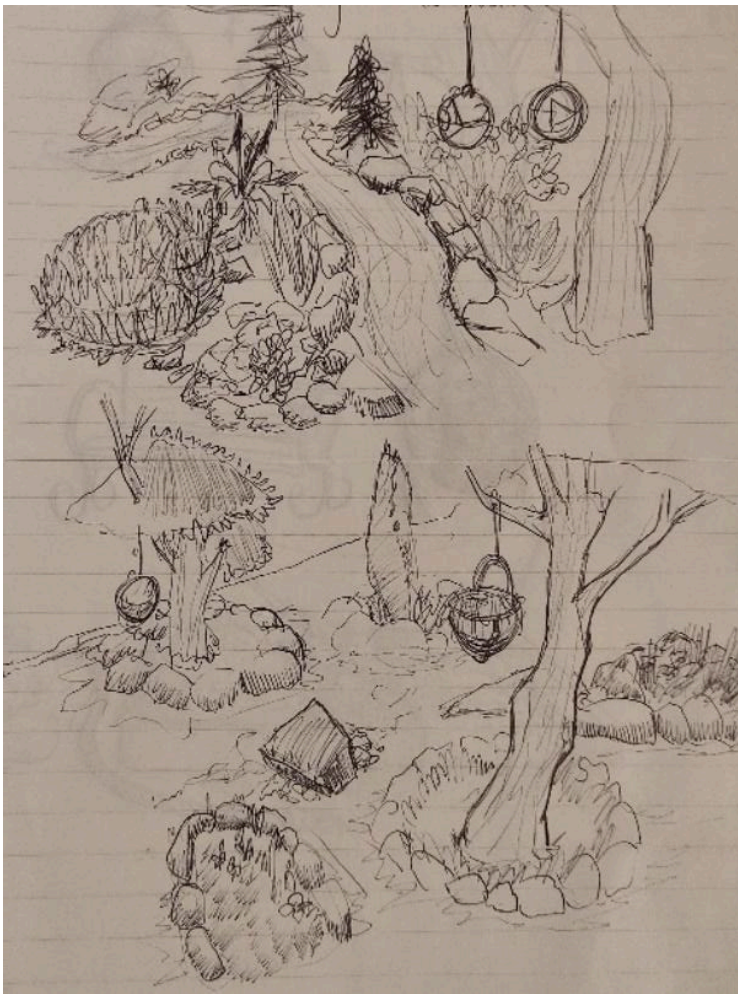


Figura 6: Dibujos de la plaza David León. Fuente: Elaboración propia.

Lucy relató que dos veces al año se asentaba en las cabañas de su propiedad para dedicarse al riego de las plantas y a la limpieza de la basura que se encontraba en el sitio, ocasiones en las que incluso invitaba a su familia desde Europa a Chile. A pesar de

residir en Suecia, su origen estaba en Tongoy, por lo que mantenía un vínculo constante con la localidad y su gente. Durante la conversación, Lucy se refiere a la decadencia en las prácticas comunitarias y en el cuidado residencial y vecinal de espacios comunes como aquel que ella estaba construyendo. Según ella, “la delincuencia y los malos tratos, y la inconsciencia actual de algunos tongoyinos hizo que se perdiera la solidaridad que antes estaba”. Utilizaba la noción de “comunidad”, la cual consideraba en constante deterioro. También expresó su incomodidad frente a la presencia de personas que consideraba extrañas o excesivamente individualista -en referencia a sujetos con consumo excesivo de alcohol o drogas- en las inmediaciones de la plaza.

En cuanto al espacio mismo, la plaza destacaba por ser impactante visualmente: un espacio meticulosamente cuidado, con trazos de piedras pintadas que conformaban caminos y círculos que se bifurcaban y conectaban entre sí, evocando -podríamos decir- la estética de un jardín japonés. De los pequeños árboles colgaban boyas decorativas con motivos alusivos a distintos países -Cuba, Inglaterra, Brasil, Chile, Uruguay, Colombia, Chile, Suecia, etcétera-, mientras que las bancas estaban estratégicamente ubicadas para ofrecer sombra o vistas hacia el mar. La vegetación seguía el patrón recurrente de geranios, palmeras y suculentas, aunque lo que más destacaba era la armonía visual que percibí entre los elementos ornamentales y los naturales. Sin embargo, este balance o perfección poseía una cualidad artificial que no pasaba desapercibida: aunque la plaza era sublime en comparación con otros espacios abandonados, su carácter altamente organizado contrastaba con la espontaneidad o el aparente desorden asociado a los elementos vegetales.

Página 44

A pesar de mi interés por continuar conversando, la señora Lucy debió retirarse para almorzar con su hijo. Antes de despedirse, me recomendó contactar a Clara Marín, una ambientalista y activista dedicada al riego de jardines, quien -casualmente- se encontraba en la Casa de la Cultura participando en una actividad del programa municipal de esterilización de mascotas. A partir de esta información, decidí dirigirme de inmediato a buscarla con la esperanza de poder conversar con ella.

Finalmente, logré conocer a Clara y realizarle una entrevista de 20 minutos aproximadamente. El tema general de los jardines en Tongoy fue abordado desde una perspectiva que no había considerado previamente. Clara me habló de una distinción latente entre distintos sectores del pueblo: por una parte, las zonas de mayores recursos, ubicada principalmente en la península y, por otra, las poblaciones de clase media y baja situada en el centro del pueblo y en la periferia cercana a la playa. Esta estratificación socioespacial se evidenciaba claramente en la configuración de los jardines, ya que, dependiendo del sector, era posible encontrar tipos de jardines muy distintos.

Según Clara, esta diferencia estaba estrechamente vinculada al uso del agua para la mantención de los jardines:

La gente no se preocupa del asunto de las aguas. Si tú te fijas, las plantas, son plantas que tienen pasto, con lo cual este sector consume mucha agua. Entonces

si tú le interesa tener verdecito, todo lindo, hermoso, bien, pero no se dan cuenta, por ejemplo, de los jardines secos, hay muy pocos jardines secos, si tú te fijaste son, pero poquísimos. Poquísimos, nada, imagínate que las plazas que debían ser secos, jardines secos... que están todo el día gastando agua, están con pasto, en vez de otras cosas. Entonces, todas esas cosas, la poca conciencia que tiene la gente. Yo, suponte tú, yo tengo unos jardines que yo tengo como ocho jardines en los cuales yo riego, una vez a la semana normal, y en verano dos, pero hay cosas que hay gente que le dice, a la hora, van todos los días casi día por medio a regar.

Este testimonio dialogaba directamente con mis propias observaciones del terreno. Las viviendas de mayores recursos contaban con jardines espectaculares, llenos de colores, formas y especies ornamentales, que contrastaban con los jardines más pequeños ubicados en las poblaciones cercanas a la playa. Además, una característica recurrente de los jardines de sectores acomodados era su aparente abandono: espacios exuberantes, pero deshabitados, desprovistos de cuidado cotidiano y, aparentemente, del vínculo afectivo que sí evocaban otros jardines más modestos.

Página 45

Este contraste se explicita en el siguiente intercambio:

**Clara:** Y si tú te fijas, en las poblaciones, la gente también, porque ellas por la parte económica, si te fijai, son súper pocas las poblaciones que tienen áreas verdes y si tú te fijaste en las casas de la población, en los antejardines no existe en casi. Es puro cemento y todos tapados.

**Investigador:** Lo que más he visto es que tienen justo en la esquina como una rejita con una o dos plantas.

**Clara:** Por lo mismo, porque los recursos, pues tú sabes, por el agua y todo el cuento. Entonces tú ahí ves las dos caras de la moneda.

La conversación continuó girando en torno al uso poco consciente del agua. La señora Clara destacó que la plaza cuidada por la señora Lucy utilizaba cantidades excesivas de agua para mantener un entorno excesivamente artificial. A su vez, esa artificialidad se vinculaba con otro espacio observado durante el trabajo de campo: el reciclaje con fines de jardinería y el uso de boyas como maceteros.

**Clara:** Reciclados, sí (...) No, aquí no hacen porque es como muy chulo. No, la gente es cómoda y floja también. En cambio, si tú te fijas, cuando vas a los cerritos como allá en Ovalle, hay unas partes que hicieron como placita los neumáticos, que reciclan igual. Yo igual, en un jardín había unos neumáticos que yo los puse como jardineras, ahí, qué sé yo. Pero la gente no tiene conciencia del reciclado.

**Investigador:** Eso también lo vi en una casa que cae aquí al lado de la iglesia, que tiene también un montón de cosas reutilizadas, como plásticos colgantes, por ejemplo, y me llamaron la atención unas boyas que vi.

**Clara:** Sí, sí. Por ser yo... mi esposo me cortó unas boyas y tengo como jardineras las boyas, es que son súper buenas. Son mejor porque las botan en el mar esas del cultivo. Y el plástico ese es buenísimo.

La entrevista avanzó hacia otros tópicos asociados a la jardinería urbana, como la plantación de árboles en espacios inadecuados, y la introducción de especies foráneas que requieren muchas cantidades de agua, pero que resultan económicas para sus consumidores. Junto con esto, destaca que esta problemática podría abordarse mediante talleres de concientización ambiental en colegios, orientados a generar una mayor conciencia ecológica desde edades tempranas.

Cerca de las 18:00 horas, Clara se despidió para retomar sus labores en el desarrollo de la actividad. Tras esto, me reuní con Magda para recibir su planta de regalo, dando así término al último día del trabajo etnográfico.

Página 46

### Análisis conceptual

A partir del registro de los jardines de Tongoy -tanto en espacios públicos como privados- es posible reconocer la relación entre el habitar de los tongoyinos y su realidad socioeconómica, espacial y ambiental. En este sentido, el concepto de “habitar” se presenta como un concepto analítico atingente al caso de estudio, en tanto permite diferenciar prácticas, representaciones y formas de vinculación cotidiana con el entorno.

Desde la antropología urbana, Angela Giglia (2012) propone que el habitar implica el reconocimiento de un conjunto de puntos de referencia que sitúan al sujeto en el centro de un territorio, en una dinámica simultáneamente transitoria e invariable (Zamorano, 2014). Este enfoque se vincula con el concepto de *habitus* de Bordieu, entendiéndolo como un habitus socioespacial: un saber corporizado mediante el cual ordenamos el espacio y, al mismo tiempo, somos ordenados por él. Esta relación implícita entre saber y cuerpo, inscrito en nuestras prácticas, orienta las formas en que habitamos un espacio determinado. Ordenamos el espacio a la vez que este nos ordena, situándonos en relación con el resto de los sujetos. Giglia conceptualiza esta idea como una “reproducción y producción de la domesticidad (2012, p.16)”, en tanto se trata de una relación permanente de familiarización con el entorno, basado en la repetición de las prácticas.

En base a esto, cabe preguntarnos: ¿qué relación guarda el habitus socioespacial con la crianza de especies vegetales en la vida cotidiana? Si bien la relación entre lo vegetal y lo artificial constituye la médula de lo que comúnmente podríamos denominar como un “jardín”, lo observado en Tongoy indica que la configuración de los jardines está determinada por la realidad socioeconómica de sus propietarios y el orden

socioespacial en el que se insertan. La diferencia en la distribución y la apariencia de los jardines entre los pobladores de la península -ubicados en el cerro- y aquellos cercanos a la playa o al centro del pueblo remite a una disparidad observable incluso dentro de los mismos barrios, particularmente en lo que respecta al acceso a la riqueza y los recursos.

Tal como Clara Marín me señaló: “Los jardines que vas a mirar dependen del lugar al que estás yendo”. En este sentido, no es lo mismo ir a los jardines boscosos y coloridos jardines de las zonas de mayores recursos, o lo que llaman las zonas *cuicas*, que encontrar un paisaje similar en la población cercana a la carretera. Los discursos asociados a estos espacios también se ajustan a un orden social y espacial. La señora Lucy, que acudía a su familia para cuidar la plaza David León, mantenía un discurso marcado por un sentimiento pérdida de comunidad y de la solidaridad entre los pobladores de Tongoy, destacando que “la delincuencia y la gente sin empatía ensuciaban el cuidado que se les da a los barrios y plazas del pueblo”.

En contraste, la señora Clara consideraba que la conciencia ambiental debía ir acompañada de una coherencia en el nivel de intervención humana sobre el entorno. Como señala ella: “los árboles son para dar sombra, pero las cortas chiquititas así, cosas nomas para lo visual y pintas las rocas por ejemplo y son cosas horribles porque todo no es natural”. Esta reflexión posee una estricta relación con el consumo de recursos hídricos para alcanzar ciertos fines estéticos en los jardines, cuestión que abordaré más adelante.

A pesar de lo anterior, la relación entre el habitar y el entorno adquiere un matiz diferente cuando se observa las formas en que las personas modifican los espacios para rodearse de vegetación. Debido a esto, es pertinente incorporar el concepto de jardines urbanos -tanto de zonas residenciales como públicas- para comprender mejor la relación entre ambos elementos. Los jardines, dentro del espacio urbanizado, forman parte de un conjunto de manifestaciones materiales y naturales desarrolladas por los sujetos para cumplir una función específica, a la vez que establecen relaciones afectivas con su entorno (Garzón, Brañes, Abella, & Auad, 2004). Esta diversidad se inscribe que articula distintas escalas -plazas, parques, jardines, huertas, bandejones y balcones-, poniendo en relación lo público y lo privado.

Un estudio sobre los jardines urbanos en el barrio patrimonial Matta Sur (Núñez, Alvarado & Castro, 2019) identifica tres tipos de usos de los jardines: un uso estético, relacionado a la belleza y la contemplación, cercano a la relación del espectador con una obra de arte; un uso funcional, asociado a la subsistencia y la producción de alimentos; y un uso pragmático, relacionado con el cuidado del jardín como un fragmento de un sistema de áreas verdes del pueblo y sus beneficios ecológicos. Si bien durante el trabajo no se observó un uso funcional propiamente tal -siendo las pencas de tunas lo más cercano a esto- sí fue posible observar usos estéticos y pragmáticos tanto en los jardines privados como públicos.

En los espacios privados y residenciales, se registraron diversos tipos de jardín que cumplían principalmente un rol estético para sus propietarios. La casa del hombre que mantenía un jardín excéntrico al lado de la iglesia constituye un ejemplo claro: su jardín se orientaba a un goce visual por medio de la acumulación de colores, especies vegetales y ornamentación extravagante. Esta lógica se replica desde un espacio público, en el relato de la Señora Lucy, quien expresó su deseo de poder contar con “un espacio bonito donde que su familia y vecinos pudiesen disfrutar”. De igual forma, todos los antejardines de la zona peninsular se caracterizaban por una profusión de colores vibrantes, diversas flores y decoraciones particulares que las hacían resaltar de las otras casas. En ocasiones, estos jardines funcionaban incluso como fachadas estéticas de viviendas aparentemente deshabitadas, donde el jardín persiste como un espacio de goce visual.

Por otro lado, el rol pragmático del jardín urbano se observa principalmente en plazas y espacios públicos. Las plazas que conectan barrios con calles principales operan como respiraderos urbanos: áreas verdes estacionales que ofrecen suficiente vegetación para producir un espacio abierto y amables dentro del paisaje urbano. Asimismo, el jardín de la Casa de la Cultura se inscribe en esta categoría, al configurarse como un espacio necesario tanto para la recreación como para la provisión de beneficios ecosistémicos. La presencia de plantas y maceteros contribuyen a la generación de un microclima de frescura y confort para el público y el entorno inmediato (Núñez, Alvarado & Castro, 2019).

A pesar de todo lo anterior, las categorías de uso -estéticos, funcional y pragmático- deben entenderse como estructuras analíticas situadas, definidas en última instancia por los propios sujetos que habitan y mantienen estos espacios. En este sentido, el habitar de los tongoyinos se encuentra marcado por contexto geográfico y socioespacial, el cual condiciona tanto las prácticas recreativas como el orden visual y afectivo de los jardines. Se observa así un tipo de estética particular -o incluso ruido visual- orientada por el uso de elementos costeros y especies de plantas que configuran un patrón reconocible dentro del espacio habitado.

Esta lógica decorativa se expresa especialmente en el uso de ornamentos a partir de basura o materiales que fueron reciclados. La ornamentación posee una relación intrínseca con la contemplación estética, situándose tanto en el cuerpo como en los espacios. El jardín, en su dimensión visual y decorativa, se convierte en un espacio donde se toman decisiones estilísticas mediadas por la vegetación. De allí nace el propósito de las plantas ornamentales (Vélez & Herrera, 2014), destinadas a un uso paisajístico donde el follaje, el color, el olor o la forma articulan un lenguaje visual del espacio. Podemos decir que el jardín conforma una práctica artística, en tanto lo podemos entender como una intervención estética humana sobre un medio material ya dotado de elementos sensibles (Prete, 2014).

Sin embargo, la ornamentación no cumple solamente una función decorativa, pues se demuestra una función psíquica, que despliega un sentido de pertenencia a la hora de

habitar y decorar nuestro entorno (Mendoza et al., 2011). En articulación con el habitus socioespacial, estas prácticas generan decisiones creativas en torno al jardín. Esto se evidenció en tres situaciones observadas durante el trabajo en terreno. En primer lugar, la recurrencia de plantas ornamentales como geranios, rayitos de sol y pensamientos, las cuales eran utilizadas de manera intensiva en entornos densamente vegetados. En segundo lugar, el uso de elementos costeros como marcadores de la identidad local y atractivo turístico, como la lancha pesquera cubierta de flores cumple tanto una función estética como pragmática, pues ocupa un espacio baldío cercano a la costa. Finalmente, el uso de materiales reciclados -botellas plásticas, boyas marinas, cajones y prendas de vestir- como maceteros constituye una práctica que, aunque limitada, refleja un uso creativo a partir de la reutilización de residuos humanos con fines estéticos.

Ahora bien, tanto el habitar, marcado por prácticas social y culturalmente condicionadas, como la modificación estética del espacio, esconden una dimensión que inicialmente pasó desapercibido en el trabajo de campo: el uso de los recursos hídricos para el riego de los jardines. Durante las primeras observaciones, este constituyó un elemento que fue subestimado, pese a ser un elemento principal para la mantención de los jardines. Fue la señora Clara quien llamó la atención sobre esta problemática social, señalando que Tongoy tenía “el agua más cara de Chile”, la cual provenía de Pan de Azúcar y era utilizada para regar los jardines.

Esta perspectiva transformó radicalmente mi forma de entender este fenómeno, permitiendo comprender por ejemplo la proliferación de casas deshabitadas con jardines exuberantes. Asimismo, el problema hídrico se agrava con la introducción de especies con alto requerimiento hídrico -como el pasto y los pinos-, que extraen el recurso de manera constante, pero que son favorecidas por un costo relativamente bajo del agua, según me comentaba Clara. De este modo, la estética costera de los jardines del balneario, inicialmente percibida como bella y funcional, se revela como parte de un proceso de saqueo ecológico a escala comunal.

## CONCLUSIONES

A lo largo de la experiencia etnográfica en Tongoy, se evidenció una estrecha una estrecha relación entre el nivel socioeconómico, el habitar de un espacio social determinado, la necesidad estética de áreas verdes y el uso de los recursos hídricos para sostenerlas. La relación de las personas con su entorno cotidiano aparece condicionada por prácticas estructuradas, que emergen de otros espacios sociales, marcando diferencias sustantivas en cómo se configuran los jardines urbanos según nivel socioeconómico, ya sea privilegiando funciones estéticas o pragmáticas.

La necesidad de convivir con lo vegetal se refleja en la ornamentación utilizada, la cual articula recursos orgánicos, materiales artificiales y residuos reutilizados. Esto da forma a una estética particular de los jardines urbanos de Tongoy, influida por los imaginarios pesqueros y costeros. Sin embargo, esta estética presenta tensiones producto de una contradicción fundamental: una preocupación ecológica reflejada en

la reutilización de materiales y una irresponsabilidad ambiental latente en el uso inconsciente de los recursos hídricos del sector para la mantención de estos espacios.

Este dilema de carácter socio-hídrico introdujo un giro inesperado en el trabajo etnográfico y el proceso de investigación, en tanto requirió reconsiderar las relaciones establecidas previamente entre jardines, espacio geográfico y las prácticas de habitar. La vegetación urbana y los jardines del pueblo cumplen funciones sociales, recreativas, ecológicas y también de carácter climático, ofreciendo espacios verdes en un entorno urbanizado. No obstante, podemos decir que existe una frontera entre una intención estética y la irresponsabilidad ecológica, la cual es difusa. Esto evidencia que el habitar socio espacial depende de factores dinámicos que tensiona de manera constante el goce de habitar el entorno con la problemática de la sostenibilidad ambiental.

## BIBLIOGRAFÍA

Benohr, J. López, C. Herrera, C. Toro, C. Ramírez, D. Aedo, M. & Ellena, N. (2024). *Naturalezas Diversas*. La Mano Ediciones.

Giglia, A. (2012). *Capítulo 1: Habitar, orden cultural y tipos de hábitats*. En *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, México D.F., 160 pp.

Garzón, B. Brañes, N. Abella, M. & Auad, A. (2004). Vegetación urbana y Hábitat Popular: el caso de San Miguel de Tucumán. *Revista INVI*, 19(49). <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2004.62208>

Mendoza, R., Pérez, A., Cruz, J., García, E., & López, J. (2011). Uso y manejo de plantas ornamentales y medicinales en espacios urbanos, suburbanos y rurales. *Revista mexicana de ciencias agrícolas*, N°2(spe3), 525-538.

Núñez, M., Alvarado P., & Castro, I. (2019). Vinculaciones de los habitantes con los jardines urbanos del barrio patrimonial Matta-Sur, Santiago de Chile. *Revista De Arquitectura*, 24(37), pp 32-39. <https://doi.org/10.5354/0719-5427.2019.54569>

Petre, V. (2014). The function of ornaments: A cultural psychological exploration. *Culture & Psychology*. N°20, 82-101. doi: 10.1177/1354067X13515937.

Vélez, L & Herrera, M. (2014). Jardines Ornamentales Urbanos Contemporáneos: Transnacionalización, Paisajismo y Biodiversidad. Un Estudio Exploratorio en Medellín, Colombia. *Revista Facultad Nacional de Agronomía*. N°68, 7557-7568. doi: 10.15446/rfnam.v68n1.47844.

Zamorano, C. (2014). El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación. *Sociológica (México)*, 29(83), 283-289.